

INFLUENCIA DE LAS REFORMAS LUTERANA Y CATÓLICA EN LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

JAVIER LASPALAS

Historia de la Iglesia e Historia de la Cultura —entendida ésta última en un sentido amplio, como el estudio del estilo de vida y la mentalidad característicos de las diversas épocas de la humanidad— constituyen, sin duda, dos campos historiográficos diversos y con personalidad propia. En consecuencia, deben y pueden cultivarse por separado y desarrollar métodos de trabajo específicos, con el fin de evitar graves errores, como el de intentar explicar por completo o fundamentalmente la evolución de la Iglesia a partir de la evolución de la civilización.

Ahora bien, cultura y religión no han sido nunca realidades aisladas y absolutamente independientes —muy en especial en las sociedades escasa o parcialmente secularizadas—, sino que es posible detectar una mutua y fecunda influencia entre ambas. Por ese motivo, con frecuencia resulta imposible escribir una buena Historia de la Iglesia sin conocer la cultura en la que ésta se halla inmersa y, a la inversa, el conocimiento de las doctrinas y las prácticas religiosas es esencial en muchas ocasiones para comprender la mentalidad de las diversas épocas históricas. Ello es particularmente evidente, como intentaremos mostrar, en el periodo de las reformas religiosas y en el terreno de la educación.

Desde este punto de vista, resulta legítimo, deseable y enriquecedor que los historiadores de la Iglesia y los de la cultura se planteen abiertamente —en la medida de sus posibilidades y con los métodos que les son propios— la cuestión de cuál ha sido la influencia que la cultura de una determinada época ha ejercido sobre la religión, y también la de en qué medida el sustrato religioso ha determinado los rasgos de las diversas culturas.

La presente comunicación intenta mostrar las posibilidades y las ventajas de semejante modo de proceder. Entre las segundas, destacan —a mi juicio— dos: a) ayuda a comprender con mayor exactitud y profundidad las doctrinas religiosas, en la medida en que no solo son cap-

tadas en su dimensión teológica, sino también en su dimensión práctica, que suele ser muy valiosa y reveladora; y b) ayuda al historiador a liberarse, mediante el análisis de hechos concretos, de determinadas concepciones apriorísticas que con frecuencia llegan a lastrar gravemente la comprensión de los fenómenos culturales y religiosos.

No se trata, por supuesto, de ofrecer una visión exhaustiva y definitiva de las directrices pedagógicas y del modo de entender las relaciones de la religión con la educación y la cultura propios de la Reforma luterana y de la Reforma católica. Prestamos atención tan sólo a dos puntos concretos y muy discutidos: a las relaciones entre el luteranismo, el catolicismo y la difusión de la lectura y a la actitud que ambas confesiones adoptan ante la escuela.

1. *Luteranismo, catolicismo y cultura escrita*

Durante mucho tiempo el luteranismo ha sido considerado como una religión de lo escrito, que se oponía al catolicismo, que sería sobre todo una religión de la imagen y de la predicación. Semejante contraposición se establece a partir de la diferente concepción del acceso a las verdades de fe que —en el plano teológico— adoptan ambas confesiones. Lutero postula un acceso directo de cada uno de los fieles a ellas, a través de la lectura personal de la Biblia bajo la inspiración del Espíritu Santo. La doctrina católica sostiene que dicho acceso tiene un carácter mediado, en la medida en que Jesucristo encomendó a su Iglesia la misión de interpretar las Sagradas Escrituras, pero también porque en la religión católica la fe es inseparable de la vida litúrgica y sacramental.

Estamos, además, ante una contraposición que con frecuencia desborda el ámbito de la pastoral religiosa y se asocia con supuestos adicionales. Las confesiones protestantes difundirían un modelo de enseñanza y de educación «moderno»: basado en el sentido crítico del sujeto y, en cierto modo, en su capacidad y su legítimo derecho a vivir y elaborar una religión de carácter personal. El luteranismo sería, en consecuencia, la avanzadilla de la modernidad y anticiparía la actitud que más adelante adoptará en este terreno el racionalismo ilustrado, que se concreta en la doctrina del *libre examen*. En el plano teológico, en el que no es nuestra intención entrar, semejante visión ha sido superada hace tiempo, y hoy en día se considera que deforma la doctrina de Lutero, aunque se derive directa o indirectamente de algunos de los rasgos y debilidades que la caracterizan.

Hasta hace no muchos años conservaba, sin embargo, toda su vigencia y su fuerza la tendencia a vincular el luteranismo con la cultura escrita y el catolicismo con la cultura oral. Las investigaciones más recientes sobre la acción pastoral de ambas confesiones religiosas han venido, sin embargo, a matizar esa esquemática oposición. Hoy parece evidente que el luteranismo se apoyó en muy escasa medida en la lectura personal de la Biblia, al menos durante su primera etapa de existencia. Por su parte, el catolicismo fue integrando progresivamente el libro en sus estrategias pastorales, en especial en aquellos países donde era perceptible una influencia directa o indirecta de la religión reformada¹. En síntesis, las principales conclusiones de esta línea de trabajo serían las siguientes.

En lo que se refiere a Lutero, puede decirse que en este punto su pensamiento evolucionó —incluso que varió radicalmente— con el tiempo. Lutero confió en un primer momento en la posibilidad de constituir una iglesia en la que la instrucción religiosa se llevase a cabo mediante la predicación de los pastores en las parroquias, la educación proporcionada por los padres y el contacto asiduo y personal con la *Biblia*. Muy pronto, sin embargo, a resultas de las disensiones en el seno de su propia iglesia y para marcar distancias con respecto al catolicismo, Lutero y sus seguidores² se inclinaron por la enseñanza del catecismo, que permitía un riguroso control de la ortodoxia de los fieles. Una segunda e importante razón para adoptar dicha medida fue la desconfianza respecto de la capacidad de los padres de familia para educar a sus hijos³. Nos encontramos ante una concesión al realismo que, como ha afirmado François Lebrun, hace que las prácticas religiosas de los luteranos «resulten tan comunitarias como las de los católicos»⁴.

1. Una buena síntesis sobre este tema puede hallarse en VIÑAO FRAGO, Antonio: «Del analfabetismo a la alfabetización. Análisis de una mutación antropológica e historiográfica (II)» en *Historia de la Educación*, IV (1985), p. 211ss; e IDEM: «Alfabetización, lectura y escritura en el Antiguo Régimen (s. XVI-XVIII)» en ESCOLANO BENITO, Agustín (ed.) *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, p. 49-51.

2. Vid. GAWTHORP, Richard L. y STRAUSS, Gerald: «Protestantism and literacy in Early Modern Germany», en *Past and Present*, 104 (1984), p. 34-6.

3. Vid. STRAUSS, Gerald: *Luther's House of Learning. Indoctrination of the Young in German Reformation*, Baltimor, Johns Hopkins University Press, 1978, p. 108 y 130-1 e IDEM: «The Social Function of Schools in the Luteran Reformation in Germany», en *History of Education Quarterly*, XVIII (1988), p. 192-5.

4. LEBRUN, François: «Las reformas: devociones comunitarias y piedad personal», en DUBY, George y ARIES, Philippe (eds.) *Historia de la Vida Privada*, III: CHARTIER, Roger (ed.) *Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1989, p. 109.

Sólo con la segunda reforma, emprendida por el *pietismo* a finales del siglo XVII, se difunde en el mundo protestante una religión basada en la lectura personal de la *Biblia*⁵.

En los países católicos se produce también una marcada evolución, fruto de la creciente insistencia e interés por parte de la Iglesia en promover una vivencia de la religión de carácter íntimo y personal, pero insertada dentro de los ritos y las prácticas colectivas de la liturgia y la predicación, lo que permite, además, que sea tutelada por el clero. Paralelamente, tiene lugar la introducción sistemática y a gran escala en la pastoral parroquial de la enseñanza del catecismo. El resultado de ambos fenómenos es la instauración de un nuevo y metódico sistema de cura de almas, muy diferente del empleado por la Iglesia medieval. Ése fue, sin duda, uno de los principales objetivos y logros de la reforma tridentina. En el caso de Francia, por ejemplo, ha sido posible reconstruir detalladamente, a partir de las visitas pastorales de los obispos, el alcance, la penetración y el ritmo aplicación de la Reforma católica en dicho terreno⁶. Sería esencial poder contrastar estos datos con otros similares de países como España e Italia, en los que tuvo lugar un profundo proceso de renovación religiosa antes y después del Concilio de Trento.

Ahora bien, como indica Marc Venard⁷, semejante evolución —tanto la de los católicos como la de los protestantes— sería inexplicable sin contar con la existencia de una viva preocupación por la renovación pastoral en la última etapa del cristianismo medieval. Y es que los reformadores religiosos del siglo XVI no hacen sino concretar y llevar a la práctica una serie de principios de acción pastoral que ya habían sido intuitos por una buena parte de quienes, desde el siglo XIV e influidos por la *devotio moderna* y el Humanismo, venían clamando por la renovación de la vida religiosa.

Dichos principios serían los siguientes: a) que el conocimiento adecuado de los dogmas de fe es imprescindible para alcanzar la salva-

5. Vid. GAWTHORP, Richard L. y STRAUSS, Gerald: o. c. en nota 2, p. 44ss.

6. Sobre este interesante punto vid. CHARTIER, Roger y otros: *L'éducation en France du XVIe au XVIIIe siècle*, París, SEDES-CDU, 1976, p. 5ss; FROESCHELÉ-CHOPARD, Marie Hélène y Michel: *Atlas de la Réforme pastorale en France de 1550 à 1790. Les évêques en visite dans les diocèses*, París, Editions du CNRS, 1986, p. 58-60, 198-205, 249 y 252; y LEBRUN, François: «Conclusions» en COLIN, Pierre y otros (eds.) *Aux origines du catéchisme en France*, París, Desclée, 1988, p. 303ss.

7. VENARD, Marc: «Introducción» a COLIN, Pierre y otros (eds.) *Aux origines...*, o. c., en nota 6, p. 10-12. Sobre este tema vid. también: LEMAITRE, Nicole: «La Catéchisme avant les Catéchismes, dans les rituels», *Ibidem*, p. 28-44.

ción y, en consecuencia, es necesario cultivar sistemáticamente esa faceta de la religión y reducir la ignorancia de los fieles en dicho terreno; b) que, ante la incapacidad de las familias para educar cristianamente a sus hijos, debía ser la propia Iglesia, a través de sus pastores, la encargada de llevar a cabo dicha tarea; c) que la labor debía iniciarse en la infancia, desde los siete años, lo que implicaba desarrollar un instrumento y un método de enseñanza proporcionado a la capacidad intelectual de los niños; y d) que el instrumento idóneo era el catecismo, porque se adaptaba a la mente infantil, pero también porque permitía integrar la cultura escrita, sin riesgos para la unidad de la fe, en la instrucción religiosa de los adultos.

Vistas así las cosas, luteranismo y catolicismo mantienen en realidad posturas muy similares en lo que respecta al modo de concebir y conducir la instrucción religiosa del pueblo, y contribuyen —cada uno a su manera— a difundir una vivencia religiosa de carácter íntimo a la que se llega a través de la palabra escrita⁸. La diferencia fundamental estribaría en que para el luteranismo la predicación de la palabra y la asimilación de su contenido a través del catecismo es el único cauce de educación religiosa, mientras que para el catolicismo dicha tarea ineludible de instrucción queda integrada en una concepción más amplia de la formación religiosa, que incluye una participación decisiva de la gracia divina, recibida a través los ritos colectivos y de los sacramentos.

2. *El luteranismo y el catolicismo ante la escuela*

Una segunda tesis, habitual hasta hace pocos años, sostenía que la implantación del protestantismo en un territorio conducía en general a la multiplicación del número de escuelas, ya que estas eran consideradas como un cauce privilegiado de formación religiosa. El catolicismo tridentino preferiría emplear en su acción pastoral otros recursos: la predicación y los actos litúrgicos fundamentalmente. El luteranismo aparecería también en este caso estrechamente asociado con la «modernidad», y sus realizaciones como el antecedente directo de la política escolar que, dos siglos más tarde, puso en práctica la Ilustración.

El principal fundamento de semejante tesis era la promulgación en Alemania durante los siglos XVI y XVII de centenares de ordenanzas escolares [*Schulordnungen*]. En ellas las autoridades religiosas y secula-

8. LEBRUN, François: «Las reformas...», o. c. en nota 4, p. 109.

res ordenan de mutuo acuerdo a todos los municipios crear escuelas y, en ocasiones, imponen la escolaridad obligatoria. Semejante situación contrastaba con la escasa o nula legislación sobre escuelas en los países católicos. Otro importante argumento era la general superioridad, en lo que a tasas de alfabetización se refiere, de los territorios protestantes sobre los católicos durante el siglo XVIII. Resultaba también evidente que se establecía una conexión directa o indirecta entre ambos hechos, y se consideraba que dicha superioridad databa del periodo de las reformas religiosas.

Conforme ha ido incrementándose el conocimiento de los proyectos y los logros luteranos y católicos en el terreno de la enseñanza, la contraposición descrita ha sido sometida a una profunda revisión⁹.

En el pensamiento de Lutero se produce en este terreno un cambio radical de actitud. En un principio hay un absoluto desinterés hacia las escuelas, que deben proporcionar tan solo una formación secular o civil, que es responsabilidad del Estado, de acuerdo con la tajante separación que Lutero establece entre el orden político, regido por la razón y la ley, y el orden religioso o espiritual, en el que impera la fe. Más adelante¹⁰, bajo la influencia del teólogo y humanista Felipe Melancton, Lutero introduce la escuela en su programa de reforma religiosa, pero su misión no es contribuir a educar al pueblo, sino que es el instrumento para constituir la élite eclesiástica y administrativa que ha de gobernar la Iglesia y el Estado. De hecho, las ordenanzas escolares luteranas regulan sobre todo la actividad de las escuelas de gramática y se refieren en muy escasa medida a las escuelas elementales en lengua vernácula. En este punto, la actitud de Lutero y sus seguidores es muy poco «moderna». Más bien sigue el espíritu de la educación medieval, que concibe la instrucción escolar como una educación especializada y restringida.

Poco a poco, sin embargo, las escuelas en lengua vernácula entran a formar parte de los planes educativos de los reformadores¹¹,

9. Una buena aproximación a este tema puede hallarse de nuevo en VIÑAO FRAGO, Antonio: «Del analfabetismo...», o. c. en nota 1, p. 211ss; e Idem: «Alfabetización...» o. c. en nota 1, p. 49-51.

10. Véase «La necesidad de crear y mantener escuelas cristianas. Exhortación a las autoridades municipales de Alemania» (1524) y «Sermón para que se manden los hijos a la escuela» (1530), en LUTERO, Martín: *Obras Completas*, VII: *Lutero y la Educación*. *Lutero y la Iglesia*, Buenos Aires, Publicaciones El Escudo, 1977, p. 17-79.

11. Sobre esta cuestión vid. STRAUSS, Gerald: *Luther's...*, o. c., en nota 3, p. 20ss y 194ss y GAWTHORP, Richard L.: «Literacy Drives in Preindustrial Germany» en ARNOVE, Robert F. y GRAFF, Harvey J.: *National Literacy Campaigns. Historical and Comparative Perspectives*, New York, Plenum Press, 1987, p. 29ss.

que las veían, no solo como un cauce de formación religiosa, sino también como un medio de garantizar la ortodoxia religiosa de los fieles. A esas motivaciones se añadía una importante demanda social de instrucción por motivos económicos y profesionales. La campaña de escolarización emprendida conjuntamente por la Reforma luterana y el Estado chocó, sin embargo, con no pocos obstáculos. Uno de los principales fue el absentismo escolar, pues muchas familias no comprendían qué sentido tenía enviar a sus hijos a la escuela. Otro grave problema era el del sostenimiento de las escuelas. En teoría debía financiarlas el Estado, pero en realidad se encargaron de hacerlo los ayuntamientos, que con frecuencia no contaban con suficientes recursos para ello. Tampoco existió un riguroso sistema de inspección para hacer uniforme la enseñanza y garantizar el cumplimiento de las leyes. Los logros fueron importantes pero parciales. A finales del siglo XVI se había constituido una amplia red municipal de escuelas elementales que, sin embargo, se hallaba desigualmente implantada. Además su funcionamiento no siempre era el más adecuado y su pervivencia se veía amenazaba por causas económicas.

Para encontrar un rápido crecimiento de la escolarización y de las tasas de alfabetización en Alemania hay que esperar al siglo XVIII¹². A partir de entonces, a los estímulos de tipo religioso —fundamentalmente la reforma pietista— se unieron tres nuevas fuerzas: la difusión de las ideas ilustradas, profundas transformaciones económicas que generaron una fuerte demanda de escolarización y el manifiesto interés por parte del Estado —en especial el prusiano— en controlar, reformar y financiar el sistema escolar.

En el campo católico, es posible también percibir como la escuela —al igual que el catecismo y el libro— va integrándose progresivamente, según los países y las regiones, en la vida de la Iglesia y de la sociedad. El caso más llamativo y conocido es de nuevo el de Francia, en cuyo territorio queda dividido muy pronto en dos áreas, separadas por una línea imaginaria que iría de Saint-Malo a Ginebra: el norte del país, cuyas tasas de alfabetización y cuya red escolar sería comparables a las de las áreas protestantes más avanzadas, y el resto de la nación, en el que la alfabetización y el número de escuelas alcanzan niveles medios o bajos¹³. La misma división se reproduce al estudiar las visitas de los

12. Vid. GAWTHORP, Richard L. y STRAUSS, Gerald: o. c. en nota 2, p. 44ss y GAWTHORP, Richard L.: o. c. en nota 11, p. 38ss.

13. Cfr. FURET, François y OZOUF, Jacques: *Lire et écrire. L'alphabétisation des français de Calvin a Jules Ferry*, París, Editions de Minuit, 1977.

obispos¹⁴. Es precisamente en las diócesis del norte del país donde se integra con más facilidad y rapidez la escuela en la pastoral de la Iglesia.

La impresión general es que los obispos consideran la creación de escuelas como un asunto del que han de ocuparse los laicos, pero allí donde existen animan a las parroquias a crearlas o a colaborar en su sostenimiento, procuran que contribuyan a la formación religiosa e intentan verificar la ortodoxia de la enseñanza impartida. Por su parte, el Estado se limitó a descargar en los ayuntamientos el peso semejante tarea, con lo que el sistema escolar sufría, como en las zonas protestantes, los efectos de una insuficiente financiación. Habría que contar, además, tanto en Francia como en otros países, con un fenómeno exclusivo del catolicismo, que vendría a paliar en parte dichas deficiencias, y cuyo origen hay que buscarlo en la reforma tridentina: la ingente y eficaz labor llevada a cabo por las órdenes religiosas docentes (jesuitas, ursulinas, escolapios, lasalianos, oratorianos...).

Ciertamente Francia ocupa un lugar de privilegio entre los países católicos, porque su época de mayor esplendor político y cultural coincide precisamente con la aplicación sistemática de la reforma tridentina, y porque conoció en parte la división religiosa, lo que sin duda impulso a la Iglesia a responder al protestantismo en todos los terrenos, y en especial en el de la escuela. El caso francés es, no obstante, una prueba palpable de que ya en una época tan temprana la religión católica, el analfabetismo y la ausencia de escuelas no van necesariamente asociados.

Naturalmente, habría que comparar la situación francesa con la de otros países católicos a los que no afectó de modo directo la reforma luterana. El caso español resultaría sin duda muy ilustrativo, porque a la ausencia de división religiosa se añaden dos hechos muy significativos: una espectacular evolución social, económica y cultural en la época previa e inmediatamente posterior al Concilio de Trento, y una fulminante y profunda crisis en todos los terrenos, cuyos efectos son ya muy evidentes en el segundo cuarto del siglo XVII.

Aunque no disponemos aún de suficientes estudios sobre el tema, a partir de la conocida obra de Richard L. Kagan sobre la universidad española del Siglo de Oro¹⁵, se ha ido difundiendo entre los historia-

14. Cfr. FROESCHELÉ-CHOPARD, Marie Hélène y Michel: o. c. en nota 6, p. 59-60, 202-205, 249 y 252.

15. KAGAN, Richard: *Universidad y Sociedad en la España moderna*, Madrid, Tecnos, p. 33. Sobre esta cuestión vid. también BENNASSAR, Bartolomé: *La España del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 287.

dores la convicción de que España tuvo una peculiar evolución cultural y educativa. Fue en el siglo XVI seguramente el país con mayor número de escuelas y universidades de Europa, pero experimentó un notable retroceso o al menos un estancamiento a partir de la siguiente centuria. Comienza también a abrirse paso la tesis de que el retraso cultural y escolar de España con respecto a otros países europeos se habría producido en buena medida en el siglo XIX y no se debió exclusivamente a factores de índole religiosa y cultural¹⁶. Sin duda el control de las escuelas y de la impresión de libros que llevaron a cabo la Iglesia y el Estado perjudicó la difusión de la cultura escrita y del saber, pero los reveses económicos y políticos y la crisis social que padeció el país tuvieron un papel fundamental, en la medida en que contribuyeron a debilitar la demanda de educación y llevaron a la ruina a los municipios y las parroquias, que eran quienes se encargaban de mantener las escuelas.

La enseñanza más clara de todo lo expuesto hasta aquí es que la multiplicación de las escuelas y la difusión de la lectura y la escritura no dependen únicamente del factor religioso. Hacen falta más fuerzas que conspiran en favor del logro de dichos objetivos. Las dos más relevantes serían: a) la presencia de una demanda escolar de carácter secular entre la población, que depende de transformaciones económicas y sociales de gran calado que llevan a las personas a valorar la cultura escrita y la escuela como algo positivo y necesario para la vida; y b) la constitución de un Estado capaz de controlar, gestionar y financiar una red de escuelas que satisfaga semejante demanda de educación. Lo mismo en los países protestantes que en los católicos, ambos hechos estaban aún lejos de producirse, y eso explica que los logros en el terreno escolar de las dos reformas fuesen parciales.

El protestantismo y el catolicismo tridentino aparecen así como un eslabón fundamental dentro de la cadena de hechos que conduce a la sociedad occidental a la alfabetización y a la escolarización masivas. Cada cual es partidario de las escuelas y las promueve de acuerdo con su peculiar idiosincrasia. Y es que nos hallamos ante un proceso, no exento de retrocesos ni estancamientos, que dura siglos y en el que no

16. Cfr. VARIOS: *Livre et lecture en Espagne et France sous l'Ancien Règime*, París, Ed. A.D.P.F., 1981, p. 149-50; BENNASSAR, Bartolomé: «Las resistencias mentales» en BENNASSAR, Bartolomé y otros: *Orígenes del atraso económico español*, Barcelona, Ariel, 1985, p. 159; NALLE, Sara T.: «Literacy in Early Modern Castile», en *Past and Present*, 125 (1989), p. 69-70; VIÑAO FRAGO, Antonio: «Del analfabetismo...», o. c. en nota 1, p. 220ss; e ÍDEM: «Alfabetización...» o. c. en nota 1, p. 46-49.

hay un único camino posible de progreso, sino múltiples vías alternativas más o menos eficaces y directas¹⁷. De hecho, durante los siglos XVI y XVII no parece probable que la distancia entre la Europa del norte y la del sur fuese excesiva. La brecha entre ambas se agrandó con la Ilustración y sobre todo en el siglo XIX, pues algunos países y regiones se incorporaron con retraso al vertiginoso proceso de cambio económico, político y social que caracteriza a la sociedad contemporánea.

Los artífices de la moderna sociedad occidental alfabetizada y escolarizada fueron la sociedad civil, el Estado y las diversas iglesias, aunque también tendrían su importancia factores de índole cultural, como la difusión de la imprenta, la circulación de libros y los hábitos de lectura. Es la acción conjunta de ese conglomerado de fuerzas la que explica los espectaculares progresos del siglo XIX. Los factores aislados —y en especial el religioso, puesto que la escuela y la escritura son realidades seculares— serían incapaces por sí mismos de desencadenar una transformación de tal calibre y de coronarla con el éxito. Resulta, por tanto, inconveniente e injusto atribuir exclusiva o fundamentalmente a la religión el progreso, el estancamiento o el retroceso de la alfabetización y la escolarización. En dicho terreno la iniciativa y la responsabilidad corresponde a la sociedad misma y, subsidiariamente, al Estado. El papel de las confesiones religiosas fue estimular la conciencia de los ciudadanos y, en la medida en que estaban interesadas en la tarea y disponían de recursos para ello, atender la demanda escolar.

Javier Lasपालas
Departamento de Pedagogía
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

17. VIÑAO FRAGO, Antonio: «Del analfabetismo...», o. c. en nota 1, p. 210.